





BARBARIE



Benito González García

BARBARIE



Primera edición: mayo de 2022

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Benito González García

ISBN: 978-84-19340-30-6

ISBN digital: 978-84-19340-31-3

Depósito legal: M-12649-2020

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*Dedicado a:  
Diego y Laura González Esteban*





## NOTA DEL AUTOR:

Incluso en el instante más cruel, más despiadado, sobrevivir es la única meta que justifica los hechos. Una evidencia que no alcanza a ser razonada pero que se convierte en un todo en la existencia de los personajes que te ofrezco.

*Barbarie* ha quedado finalista de los premios Ateneo Ciudad de Valladolid 2020 y Planeta 2021 porque no contiene héroes, ni conquistas, ni leyendas que magnifiquen una época. Narra una historia humana de supervivencia donde se sitúa como prioridad única; la vida.

Adéntrate en la novela e intenta ver el mundo con los ojos de un ayer muy lejano.

Sé parte de una historia en una época gris y tenebrosa en la que nació nuestra Europa.

EL AUTOR

## PERSONAJES DE LA NOVELA

### La familia de Kurt y Sacriit

Procedencia: del pueblo vándalo

—Madre: **Sacriit**

—Padre: **Kurt**

—Hijo 1: **Gutram**

—Hijo 2: **Ansarico**

—Hija 3: **Audeca**

—Hijo 4: **Ragmundo**

—Hija 5: **Annika**

—Hija 6: **Gosvinta**

—Hijo 7: **Wolf**

### Poder político-militar de los vándalos

Rey **Godegisilio**

Reina **Flora**

Príncipe **Gunderico**

**Gaisariks** (Genserico)

Soldado **Wojthen**

**Angsélica** (madre de Gaisariks)

**Henerik** (el juez)

### La familia de Fano y Hevia

Procedencia zona: Río Ibias (Asturias occidental)

Madre: **Hevia**

Padre: **Fano**

- Hijo 1: **Leyo**
- Hijo 2: **Tanasio**
- Hijo 3: **Ladio**
- Hija 4: **Gadia**
- Hija 5: **Xana**
- Hijo 6: **Candes**
- Vecino: **Germelido**

### **Los dos ermitaños**

Zona: Los Muniellos (Huerta del Rey, Burgos)

- Bucco Vespillo
- Sicinius** (*el Maestro*)

### **Grupo femenino de druidas**

Procedencia de la zona oeste de las Vasconias

- Zuri
- Argi
- Evigtid
- Ehunate

### **Grupo de Artrivos y Marpanta**

Procedencia de la zona de Torrelavega

- Artrivos** (*el Loco*)
- Marpanta**
- Nidia** (la mayor de la cueva)
- Losia**
- Nigerdín** (hijo de Losia)
- Nausentala** (cueva)
- Aiana** (hija de Nausentala)

### **Otros personajes**

- Nerea** (de Ermua, en las Vasconias occidentales)
- Jeaninne Le Clair** (de Aquitania)







## CAPÍTULO I

No era aún media tarde del último día de año cuando la oscuridad llegaba arropada por un intenso y desolador frío. El invierno había hecho aparición en los últimos días con una fuerza desproporcionada.

El miedo a todo lo dejado atrás se hacía sentir en los rostros tristes y apesadumbrados de las gentes, pidiendo el milagro de poder cruzar las aguas del Rin antes de que el frío congelara a todos.

El año 406 d. C. llegaba a su fin. Un inmenso grupo humano, huyendo de las hordas llegadas de Asia —los hunos— se habían desplazado hasta el *limes* romano para poder entrar en el Imperio y con ello conseguir la protección necesaria del ejército de Roma.

Hasta la aparición de las grandes heladas, los vándalos llegados desde las zonas ribereñas del Vístula y el Oder hasta el norte de Bohemia habían solicitado al Imperio la autorización para adentrarse en sus tierras, pero sus súplicas habían sido desoídas, por lo que llevaban cinco años huyendo.

Roma esperaba que se mantuvieran en las zonas de asentamiento actuales, pero la brutal presión de los hunos a sus espaldas había forzado la llegada de otros pueblos, como los suevos y los alanos. Los primeros eran uno de los pueblos germánicos y los segundos habían habitado las tierras al noroeste del mar de Azov, a lo largo del río Don, ampliando sus tierras hasta el bajo Danubio. Masacrados por los hunos, en su huida se unieron a los suevos en busca de una protección que los fue empujando hacia el Rin, hasta esa noche terrible de final de año.

Kurt había llegado con sus siete hijos y su mujer desde la región de la Baja Silesia, obligado a abandonar su ciudad natal —Wrocław—, como muchos otros ciudadanos, en busca de protección. Atrás habían quedado sus padres y en el camino fueron perdiendo a hermanos y familiares que, arrastrados por distintos grupos humanos y por el paso de la huida, se habían ido quedando atrás o habían marchado delante, pero los habían perdido.

Al llegar a las orillas del gran río la búsqueda de todos ellos había sido, de momento, infructuosa.

La gran cantidad de pueblos asentados en esa ribera, cuya frontera comprendía desde el norte de Maguncia hasta la Alsacia, los había tranquilizado, ya que en algún lugar de esa extensa línea divisoria sus familiares deberían encontrarse y estar preparados para cruzar al otro lado del *limes*.

Los puentes romanos, fuertemente vigilados por las legiones del Imperio, impedían el acceso y todos esperaban el permiso para adentrarse en las tierras de los galos.



## CAPÍTULO II

Sobre un gran manto de nieve, la noche negra y fría se cernía como una losa sobre los que esperaban la muerte, helados, al otro lado del *limes*, en la densa y oscura orilla del viejo Rin.

Sacriit, bajo la improvisada caseta que servía de hogar y que, aunque evitaba la nieve no lo hacía así con los vientos helados, reunió a sus hijos en torno a ella y a su esposo, Kurt.

Habían llegado exhaustos, en un grupo de unas doscientas personas, buscando poder adentrarse en la Galia, pero se habían encontrado con gentes de su misma tribu, los *vandalius*, esperando al igual que ellos la autorización para encontrar una salida a ese obligado éxodo de sus tierras.

No había provisiones, solo el pequeño fuego con el que intentaban calentarse en la congelada noche del 31 de diciembre.

Agobiados por el momento, la pareja se miraba con profundo desasosiego: habían nacido para luchar y sobrevivir, pero no para morir inmóviles ante el hielo y el inmenso frío.

—Pronto todo habrá pasado —comentó tiritando Sacriit—. Arrimaos bien, hijos, que esta noche será difícil de cruzar.

Se agruparon, intentando darse calor unos a otros. Kurt miró a su mujer, sabía que más de uno de sus siete hijos no llegaría al nuevo día. El más pequeño, Wolf, no paraba de llorar por hambre y frío, sus escasos seis meses de vida le convertían en el blanco más fácil para esa hora de muerte.

Annika, una de las pequeñas, se quedó inmóvil. Kurt al verla levantó las pieles que cubrían ampliamente su cuerpo y metió a

la niña para que sintiera su calor. Todos asustados, comenzaron a moverse inquietos, sabían que algo estaba ocurriendo con la pequeña. Mientras, la madre comenzaba a llorar amargamente.

—¡Juntaos, hijos! —gritaba desesperada—. ¡Daos calor!

Miró el escaso fuego que todavía quedaba dentro de la improvisada cabaña. Faltaba aún un rato largo hasta el amanecer.

Kurt y Sacriit tenían siete hijos, cuatro varones y tres mujeres: Primero llegaron al mundo dos chicos, Gutram y Ansarico; luego nació la primera niña, Audeca; otro niño, Ragmaundo, fue el cuarto, para continuar con dos niñas más, Annika y Gosvinta; y, por último, el pequeño Wolf.

Kurt había colocado a la pequeña en su pecho y poco a poco comenzaba a reaccionar. El calor del hombre por un instante había salvado a la niña de la congelación.

Agarró con fuerza la mano de su compañera, después se puso en pie y sin dejar de tener bajo su casuca a la pequeña Annika, se apretó bien el cordel que hacía de cinto.

—¿Adónde vas con este frío? —preguntó nerviosa Sacriit.

—A por leña para el fuego; si no, no veremos el nuevo día —respondió el hombre.

—Voy contigo, padre —dijo Gutram, el mayor de los hijos.

Ambos salieron al exterior de la diminuta choza, la oscuridad era intensa. Corrieron hacia el murmullo de las voces y, tras una pequeña loma, descubrieron varias hogueras enormes iluminando la noche. Alrededor, sin poder dormir, cientos de personas en varias filas formaban círculos para poder recibir esa vida que proporcionaba el fuego.

En el camino encontraron varios cuerpos helados, ya sin vida.

—¡Ayudadnos! —sonó una voz agónica, a escasos pasos de ellos.

Padre e hijo se acercaron al árbol de donde provenía la voz. Allí, sentada en el frío suelo, una joven sujetaba a un niño de corta edad en los brazos.

—¡Salvad a mi hijo! —suplicó entre dientes mientras se lo ofrecía a Kurt.

El hombre, arrodillándose, tomó al niño en brazos, notó su frío al tocarlo. Después acarició el rostro de la joven, que parecía sonreír, y sus ojos se fueron cristalizando.

—¿Está vivo? —preguntó Gutram—. Solo nos faltaba tener que cuidar de una rata como esa.

—¡No, hijo, y no hables así de los seres humanos! —respondió el padre entre lágrimas, volviendo a dejar con suavidad al niño sobre la madre, mirando a su hijo con reproche por su cruel comentario.

Se levantaron y siguieron en busca de leña o algo con lo que poder avivar los rescoldos de su pequeño habitáculo.

Kurt era un hombre alto, de enorme espalda y grandes manos; su larga y rubia cabellera caía sobre sus hombros; del lado izquierdo de la cabeza le colgaban dos trenzas finas que estaban formadas para recordar siempre a sus padres. Sus ojos, de un azul celeste intenso, atraían a todo aquel que se le acercaba; sus labios, gruesos, bien formados y su sonrisa limpia, a pesar de que varias muelas ya le faltaban, pero que al sonreír no se apreciaban; una espesa barba hacía de su rostro un ser muy varonil. Se había dedicado siempre a la agricultura, sus padres le habían enseñado todo al respecto. Fue educado en la creencia arriana, la cual había transmitido a sus siete hijos y a su mujer, Sacriit, quien en un principio había creído en dioses paganos.

A escasos metros encontró una pequeña fogata que aún ardía, junto a la cual había algún tronco y maderas sin quemar. Los recogieron rápidamente y Kurt los colocó en los brazos de su hijo.

—Vete rápidamente a avivar el fuego. Enseguida iré yo.

El joven acató la orden del padre y salió corriendo hacia su familia mientras Kurt fue revisando los cadáveres para quitarles ropa y enseres que pudieran calentar y servir a su familia.

Cuando regresó a la pequeña cabaña, el fuego tímidamente comenzaba a crecer. Sacriit miró a su hombre, que venía con un montón de pieles que había arrebatado a todo cadáver que encontró en el camino. Sonrió a su mujer y comenzó a repartir entre

sus hijos aquellas nuevas prendas de abrigo. Sacó de debajo de su casuca a Annika, que, con el calor del cuerpo de su padre y a pesar de los constantes movimientos, se había quedado dormida.

Gutram se puso en pie y se acercó a tocar una de las pieles. Levantó la vista hacia su padre.

—¿Es de...? —intentó preguntar.

—Sí—respondió rápidamente Kurt—. Ponte esto encima —dijo, dirigiéndose a Sacriit y dándole inmediatamente después una piel para el pequeño Wolf, la cual fue reconocida al momento por el hijo mayor.

El fuego y las prendas recién puestas devolvieron el calor al grupo. Cuando estaban intentando dormirse, un murmullo extraño comenzó a llegar.

—¿Qué ocurre? —preguntó Sacriit.

—Iré a ver —respondió Ansarico, segundo de los hijos.

Enseguida el niño volvió gritando.

—¡Están cruzando el Rin!

—¿Cómo cruzando el Rin? —preguntó inquieto Kurt.

—El río se ha congelado y las gentes lo están cruzando a pie. Se ha abierto el camino hacia la Galia —respondió el niño entusiasmado.

Kurt miró a su mujer. Después de comprobar lo que decía el niño, comenzó a desmontar las telas que cubrían la pequeña choza donde se refugiaban.

—¡Vámonos! —exclamó con firmeza—. Vosotros —dijo, dirigiéndose a los dos hijos mayores—, coged a los pequeños, que nosotros llevaremos a Gosvinta y Annika.

Los nueve se encaminaron hacia el Rin. Al otro lado aguardaba una vida nueva, esperanzadora, llena de posibilidades, pero sobre todo de protección ante las hordas asiáticas por las legiones romanas.